

# “DAR A LUZ: EL CUARTO LIBRO DE PATRICIA COTO Y SU TALLER DE POESÍA”

Por ADRIÁN FERRERO

Resulta cautivante (a mis ojos al menos), trazar un panorama de poesía que se está escribiendo en la ciudad de La Plata en este momento, de modo palpitante, vital, fluvial.

Precisamente fluvial es esta antología, en la que, adoptando la forma de un delta, diferentes poéticas sin embargo confluyen en una toponimia única, permanente, de trabajo, La Casa del Tango (imaginariamente ahora, adoptando la forma del Zoom y el Facebook con motivo de pandemia). En este espacio aparentemente quieto (“Barco quieto”, tituló a su canción María Elena Walsh a un ámbito esencialmente dinámico como un hogar), se juega muchas tensiones, líneas de fuerza, colisiones, alianzas, antagonismos, potencias, insurgencias, combates, en fin, toda una serie de emociones que una antología que aloja a autores y poéticas tan diversas desata.

En efecto, la poesía, la poética es un género por excelencia insurgente. No disfraza a la palabra sino que la desnuda en su estado más puro, por un lado. Y al dejarla en cueros, esa suerte de pudor pacato que suele recorrer a buena parte de la sociedad platense de pronto cobra vuelo descomunal y alcanza sus picos más altos con poemas notables. Carnadura, descarnada la palabra, tan pronto estaba ataviada con sus mejores vestidos como adopta la forma de la revelación de sus zonas más recónditas.

No me referiré a nombres en particular. Pero se deja a las claras que los cuerpos se unen en una fusión o confusión apasionada que pone de manifiesto la atracción gratuita, únicamente o por placer o por un deseo ligado al amor. En cualquier caso, siempre de modo sutil, se articula con un cierto modo de decir, de ser dicha, esto es, de dicción esa pasión en la cual la gramática interactúa con una emoción que no es descontrolada sino encuentra su correlato gramatical.

Se acentúa el otoño, estación por excelencia de las pérdidas, se pierden hojas como se pierden amistades o familiares en esta pandemia. Pero se descubre que la naturaleza también puede abrigar pese a ello en este presente de intemperies. Un café llega para disponer aquello que, ahora sí, se siente sin desorden. Sin que exista un duelo. Sino más bien una de las “ceremonias de interiores”, como quería Cortázar de estas bebidas como el café, el té, el vino, el mate (agrego yo).

De pronto se abre una caja. La caja contiene escrituras porque contiene cartas. Esas cartas tienen caligrafías distintas. Y esas caligrafías remiten a enunciadores que han plasmado estos enunciados ¿Cómo escapar a una carta que nos pone entre la espada y la pared? Somos los destinatarios de ella pero a la vez ese remitente es alguien a quien no reconocemos. A una pareja de antaño en la que quedó plasmada la pasión. O alguien que ha partido de este mundo. O esa caligrafía pertenece a una escritura de alguien que hemos dejado de frecuentar. Nuevamente las pérdidas. La pandemia, escarcha pura, no deja no nos abandona con un frío incierto.

Las hojas de papel, como las hojas del otoño, se secan y causan esa suerte de zozobra producto de una sensación amarga que deja abatido al yo lírico. Ese yo lírico entonces procede a cerrar la caja con las cartas así como deja de mirar esa otra caligrafía, la de la naturaleza. Una caligrafía que el viento arremolina ejecutando un trazo sobre la vereda que remite al caos mismo de un planeta que atravesado por el dolor.

Naturalmente los estímulos para estos poemas son múltiples. Los disparadores en el seno de un espacio de aprendizaje (consigna crucial) pueden ser la letra de una canción, una pintura, el epígrafe de otro poema, una historieta, en fin, la inteligencia sensible que encuentra en un determinado núcleo lo que irradiará sentidos otorgando una forma concreta en que las palabras urdirán una trama. Esa forma, adoptando el verso libre en todos los casos en esta antología, suele precisamente servirse de esa libertad. Los paratextos remiten a muchas fuentes. Una canción de Gustavo Adrián Cerati ("Té para tres"), un fragmento de un poema de Irene Gruss, una pintura de Joaquín Sorolla, en fin, menciono esta lista sumaria como para que el lector cobre consciencia de la riqueza del taller de escritura con énfasis en poesía de Patricia Coto, que va del registro sonoro al orden de la intelección y la emoción hasta alcanzar la superficie pictórica de una tela. Los estímulos divergen pero a la vez siempre son estímulos. De modo que en un ejercicio singular, también convergen. Convergen en esta idea de que a partir de un fragmento de ser, de un escuchar, de un ver, de un leer, el poema es suscitado sin demasiado esfuerzo. Simplemente emerge. El poema no busca ser creado desde un interior que puede tanto ser oscuro como diáfano. Sino que algo (de todo lo que enumeré), impacta en la subjetividad, en el sujeto de la enunciación, más precisamente, conduciéndolo a su producción literaria siempre abierta que será completada por un lector poroso al encuentro con el semejante que se agazapa por detrás de esas líneas o trémulas, o melancólicas, o trágica o festivas (en menor medida). El poeta, la poeta, responden por demanda de circunstancia a lo que ese estímulo prácticamente le exigen. Deben obedecer a ese impacto, a esa llamada que deja siempre resonancias, ecos, vibraciones, emisiones de un ser que de pronto es un estar sobre la página adoptando la forma del poema. Un poema que a su vez podrá suscitar otros, ajenos o propios, asociativamente.

Hay otra dimensión en la que me gustaría hacer hincapié. La editorial que ha editado este libro también es local, el sello Luxor, de Ensenada. Nuevamente rescata esta reseña o comentario el valor principal, las inflexiones particulares, los matices que adoptan las hechuras de o en La Plata, Ensenada, Berisso, Gonnet, donde residen estos estos poetas que de puertas adentro de esas casas, escribirán. De puertas afuera, vivirán la experiencia de encuentros o la experiencia urbana o suburbana de zonas que también deparan sorprendentes hallazgos. De modo que el sello de nuestra ciudad, de nuestras ciudades, son las zonas que el arte debe poblar con el talento de este libro. Al libro lo integran Sergio Barrgán, Nury Busquets, Nélide Luzkevich, Ángela Maldonado, Noemí Maldonado, Norma Marchessi, Rosa Orchuelo, María Ranelle, Martha Roggiero y Selva Simón como asistentes.

Quien comanda este timón, la coordinadora del taller sin embargo manifiesta un perfil tan bajo, una humildad tan llamativos, que precisamente hace contraste con toda la cultura de la celebridad y el protagonismo que hoy en día, penosamente, producto de un narcisismo que no conoce ni siquiera su propia ridiculez, hace recaer en Patricia Coto el verdadero espíritu poético. Un espíritu

que diera la impresión de borrarse del taller propio taller, de hacerse puro fantasma bienhechor para dar la palabra a sus miembros no sin antes haberles regalado de secreto detonador de misterioso embrujo para que escriban. Pero también ella escribe, de modo que en su escritura de maestra, de orden paradigmática pero siempre manteniendo una relación horizontal con el resto, su presencia señala un liderazgo sin asomar su rostro a un equipo de trabajo que se ordena según un criterio orientador más que aquellos que imparten clases magistrales.

Hay un llamado al silencio en Patricia Coto para que sean sus asistentes quienes tengan la palabra, no ella. Ella a lo sumo guía, orienta la consigna. Eso es todo. Luego se conversará críticamente acerca de ese poema. Se hará, precisamente, una forma incipiente de crítica literaria. Patricia Coto no es una poeta que forme parte de esa primera fila en la creen se han alineado muchos por pensar o porque otros se los han hecho creer que pertenecen a tal congregación de elegidos por adulación, pudiendo estarlo por méritos. La opción de Patricia Coto ante todo es una toma partido, una decisión por convicción reflexiva, largamente meditada y acariciada. He aquí en Patricia Coto la esencia de la poesía encarnada (hecha carne quiero decir, cuerpo, carnadura). Ya no volátil humo o vapor que se desvecen vanamente como frivolidad. Esas figuras desfiguradas porque olvidan al arte para pensar en sí mismos. Ella anda por otros rumbos más inteligentes. Ella sabe que la poesía se juega sobre el papel, la cavilación, la lectura fina, el pensamiento, la seriedad en el sentido de labor calificada, el alimento sensible, el diálogo con los maestros, también el aprendizaje que brinda o han brindado tantos años de docencia o de coordinación de talleres de escritura, la excelencia académica, una ética del estudio, no solo de poesía, también en la Universidad.

Porque este taller de Patricia Coto lleva alrededor de quince o más años funcionando, con los avatares propios de las entradas y salidas de los asistentes por motivos que tienen que ver con lo extraliterario. Patricia Coto, en el Prólogo, de modo humilde, menciona, en lugar halagarse a sí misma con una trayectoria impecable, enorme que tiene con la poesía, no necesita presentación en la ciudad de La Plata. De modo que en esta mención de los poetas a los cuales se ha leído, se ha debatido, a partir de los cuales se ha reflexionado en torno de la materia poética, se privilegia la presencia de la alteridad. Este binomio entre privilegio de la alteridad, por un lado, y humildad de la coordinadora, por el otro, se combinan en un binomio arrasador para quienes pretenden la superioridad. Patricia Coto da una lección de poesía desde ese lugar como primer punto. ¿Dónde está la poesía? ¿en la grandeza o en la grandilocuencia (nótese la hipérbole en ambos sustantivos)? ¿en la palabra simple o en los adornos que no guardan contenido? ¿en las palabras que conmueven o en el juego de palabras? Todo esto es la forma más perfecta, el arquetipo al que una poeta puede aspirar para un taller con plumas todas con trayectorias locales, nacionales y en algunos casos internaciones, pero todas destacadas. En algunos casos investigadoras en el CONICET, en otras con posgrados en otros campos, Patricia misma, Prof., Lic. y Dra. en Letras, señalando un recorrido también académico cuya excelencia me consta porque he transitado por su misma trayectoria en lo referido a esa querida institución formativa que es la Universidad Nacional de La Plata. Pero no faltan las maestras, las maestras de piano o de música, las Prof. en Letras y Bibliotecarias profesionales. Muchas personas de esta antología habiendo hecho un itinerario por otros talleres literarios lo que vienen a coronar con el taller de

Patricia Coto sin olvidar las lecciones de los maestros preliminares. Las condiciones tan precarias en las que se está trabajando hoy en día no hacen sino permitirnos celebrar acontecimientos como este. Producto, resultado de una profunda, inmensa vocación creativa, creadora. El virus no puede con el ímpetu devastador que le inflige la misma producción literaria que irrumpe producto de un reverberar de sonidos y sentidos, de un impacto en el cuerpo y en la anatomía que tampoco debe ser desatendida porque el cuerpo también aloja a la palabra. Es la mano que permite escribir o tipear. Es la escucha que recibe al poema, volátil. Es la mirada, que, como el resto de los sentidos, se hace cargo de la recepción.

Ahora bien: ¿a qué alude este *Entre la intuición y la página*? Un “habitar entre”, “mirar entre”, “sentir entre”, “vivir entre”, “¿escribir entre?”. Este inquietante “entre” que supone permanecer en una duda suspensiva, si lo tomamos en su acepción de elección de un ámbito emotivo a otro físico (la página). O la idea de una intermediación, de una persona, un escritor o escritora que debe intervenir para deslindar dos territorios que se presentaban como confusos o bien como distantes y él o ella deben unir para tender un puente: la escritura en su estado más puro, pero también el más certero. El que se ajuste de manera más apropiada a esa emergencia que surge luego del estímulo. También está la idea de que para llegar a la página una debe guiarse más por una sensación interior (no una decisión racional), una premonición, una serie de hipótesis de las cuales deberá optar por una en particular. Me parece que la propuesta es por demás interesante. Consignada titularmente como una poética del taller, como una divisa del taller, “Entre la intuición y la página” es toda una petición de principios. Y también, lo que no deja de ser más interesante aún, es inquietante. La escritura entonces ya no se presenta como unívoca, como lineal, recorriendo un único camino hasta llegar a un destino prefijado, sino como el resultado de una actividad dinámica, que luego se propagará al momento de la escritura. Ha de ser cierta, segura pero también un tránsito que alcance una cierta figura pero a la vez inestable (porque al ser leída cada cual le atribuye un sentido diverso) figura: la del poema. El poema entonces será el que defina entre qué dominios se había estado o se había habitado. El poema es el que permite optar. El poema es el que define. Determina. El poema es la instancia decisiva, crucial, en que ya la intuición ha dejado de serlo para haber quedado definitivamente contorneada en poema. Ahora, es seguridad pura. Y que este sea el IV volumen de las sucesivas antologías que el Taller de Patricia Coto ha ido publicando, incluso artesanalmente, adoptando la forma de libro/objeto, me consta que le confiere tanto al poema como a los asistentes una estabilidad, una seguridad, una firmeza, una continuidad, según la cual ya no hay intuición sino más bien hay certidumbre de que el poema ha sido por fin escrito. Y ha sido lanzado al mundo. En su cuarta serie con la promesa siempre de la siguiente antología. Estos libros confieren noción de totalidad al grupo, lo aglutinan, lo reúnen, lo convocan, manteniendo no obstante cada cual la singularidad de su poética. Sin extraviar por pertenencia a una noción de conjunto que reúne, su propia identidad de poetas. Muy por el contrario, en todo caso marcan un contrapunto, un contraste, una interlocución que resulta de una infinita riqueza.

Referiré cómo se inicia la presentación de este libro. La escena tiene lugar en La Casa del Tango, sede natural en que tenían hasta que se desató la pandemia. Patricia Coto toma el micrófono. La escena genera, de inmediato, como era previsible en todo evento, una expectativa producto del modo como tendrá lugar

ese comienzo. Entonces Patricia Coto, con una seguridad que hiela la respiración pero a la vez con una sutil hermosura, lee un poema de Sergio Barragán sobre Malvinas. El auditorio, como yo mismo, nos estremecemos por lo que se está recitando, que no es precisamente un poema por fuera del compromiso. Es un compromiso con el cuerpo que se pone en acción, se desata, el dique, deja las aguas en libertad porque hay otras aguas que se hunden, junto a una mujer de una belleza incomparable: un mascarón de proa que es el de la Fragata Libertad.

Entre esta mujer que lee con hermosura que es ella misma virtuosa, la escena cobra tensión pero también una cierta dulzura y cobra un sentido, una coherencia ideal, que permite sobrellevar lo que vendrá. Esa tragedia inadmisibles que fue Malvinas regresa bajo la forma de una mujer, leída por otra mujer, quien a su vez deja en claro, con palabras nítidas que a esa causa adhieren ella y el resto de los integrantes taller.

De modo que en esta escena de hundimiento, de miedo, de intemperie sin embargo está la poesía encarnada, erguida una voz que le arranca ese jirón de vida que nadie le arrebatará jamás.

Este *Entre la intuición y la página IV. Taller de poesía de Patricia Coto 2021* (Ensenada, Provincia de Buenos Aires, 2021), no hace sino confirmar una vocación que se manifiesta en la continuidad (del taller en el tiempo, del deseo de escribir, de la escritura en curso que aspira cada vez más a la excelencia). Cada año, lo puedo percibir más maduro desde aquel número II que me fue regalado hasta este otro, sobre casi todos los cuales escribí una reseña, profundamente motivado, profundamente conmovido por su contenido que jamás me dejó indiferente ni menos aún haber conocido a sus miembros, me lleva a pensar que Patricia Coto es una gran humanista, poeta, creadora, estudiosa, que difunde pero también sabe sacar de otras personas lo mejor que tienen, para hacerlo con las mejores herramientas y recursos, que ella contribuye a brindarles. De modo que no puedo sino regocijarme con este libro como lo que es: un acontecimiento festivo.

Patricia Coto, una vez más, conquista un canto que ha devenido de tristeza mortuoria en belleza poética precisamente pone el acento de en qué consiste su taller. En la conversión de la dimensión oscura de la realidad, encarnada en una figura que todos conocemos porque su nombre adopta muchos nombres que es siempre el mismo, la creación llega para un nuevo génesis.

En efecto, génesis, generar, nacimiento, engendrar, dar a luz. En su doble acepción de iluminar lo confuso, la lucidez, pero también (sobre todo) de iluminar las tinieblas. Lumbre. Lámpara. Aquí me detengo. Dar a luz. Eso es la poesía.